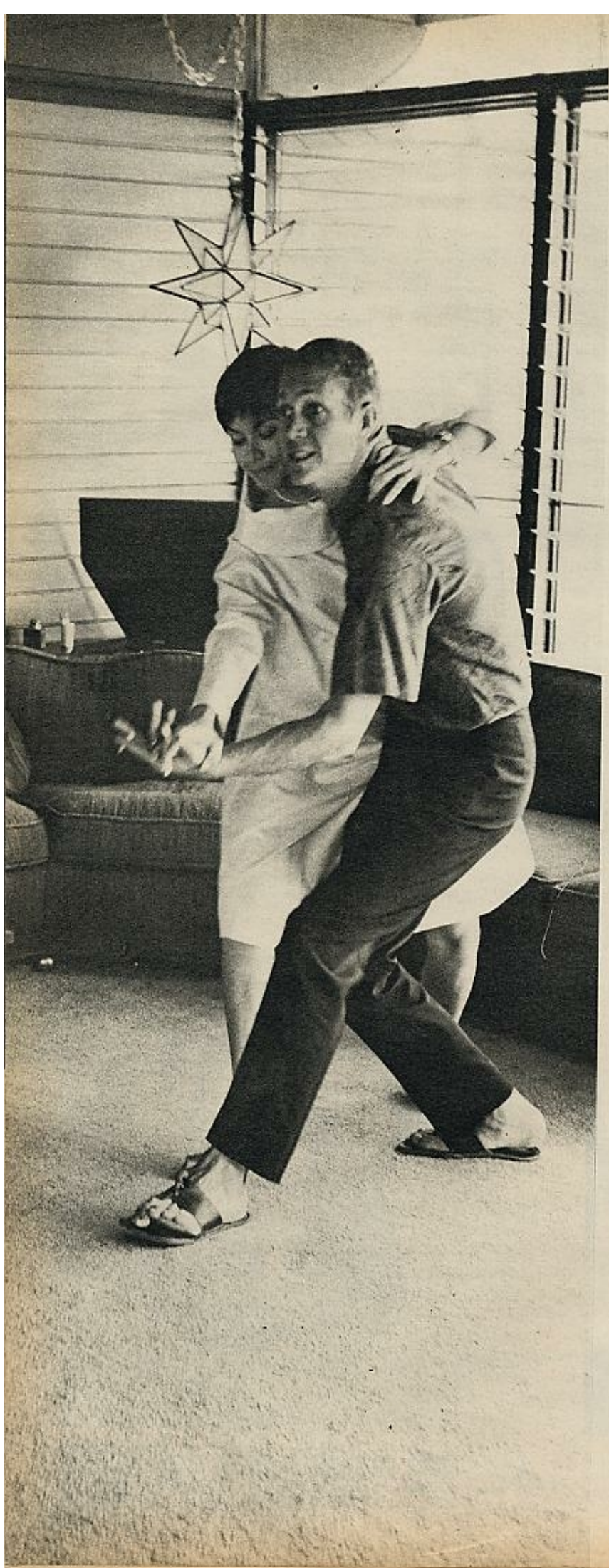


Paz conyugal tras una vida agitada



Los McQueen —Steve, su esposa, su hija— forman una familia feliz. Viven en una magnífica casa situada en una de las colinas de Hollywood: un modernísimo chalet, estilo japonés, con toda clase de comodidades. He aquí varias imágenes de su vida cotidiana. En una de ellas figuran recuerdos gráficos de su actuación en numerosas carreras automovilísticas.





STEVE MCQUEEN

HOLLYWOOD atraviesa un período de crisis indiscutible. Al margen de otras consideraciones, de importancia capital, es un hecho que un cine planteado sobre las estrellas se ha quedado, por diversas razones, sin las más rentables.

Steve McQueen parece encontrarse, en función de estas circunstancias, en su mejor momento para ascender definitivamente al estrellato. Hecho inmensamente popular por la serie de televisión «En nombre de la ley», prefiere actuar para la pantalla grande y está en vías de convertirse en el campeón de taquilla en Estados Unidos, donde ocupa ya uno de los primeros puestos del «box-office». En España le hemos visto en «Cuando hierve la sangre», «Zafarrancho en el Casino», «Los siete magníficos» y, recientemente, en «La gran evasión». McQueen, que es un buen actor, tiene indiscutiblemente madera de estrella. Sin dejar de ser él mismo, logra imprimir a los personajes que interpreta un sello de veracidad y una gracia especial, dárles un tono que le sitúa un poco en la línea intermedia entre un Gary Cooper más desenvuelto y un Richard Widmark menos duro... El camino de Steve McQueen hasta llegar al puesto que hoy ocupa no ha sido fácil ni, sobre todo, vulgar. Una vez más se han dado en él toda esa serie de avatares que parecen ser indispensables en la etapa preparatoria de todo personaje público americano. Decenas de oficios, tropiezos con la policía por gamberriano, una especie de «furor de vivir» que acaba por conducir al alistamiento en los «marines»; todo ello complementado por una obsesión por la velocidad, convertida en verdadero mito y que sigue cultivando con su intervención en carreras de aficionados. Un americano, en suma, más que típico casi típico, con una personalidad privada que se refleja en los papeles que interpreta en la pantalla.

Enamorado, en los días en que no tenía oficio ni beneficio, de una actriz entonces muy en boga en Broadway, Neile Adams, se lanzó a la profesión de actor un poco para ponerse a su altura y poder aspirar a su mano. Intervino en el teatro, primero en pequeños papeles y luego sustituyendo a Ben Gazzara en «Un sombrero lleno de lluvias», frecuentó el «Actor's Studio» y por fin saltó a Hollywood. Ahora Neile, que hace apenas unos años disfrutaba de una popularidad que a McQueen le parecía poco menos que mítica, ha abandonado totalmente sus actividades profesionales para dedicarse por entero a atender a su marido y a la hijita de ambos. Los McQueen poseen en una de las colinas sobre las que se alza Hollywood una enorme casa de estilo japonés en la que pasan la mayor parte del tiempo libre, roto solamente por esporádicas salidas a los espectáculos y por las veces en que el actor participa en competiciones deportivas de velocidad. Fuera de esto, se limitan a vivir en familia, quizá para recuperar los largos años perdidos en la primera juventud, y a invitar algún fin de semana a los numerosos amigos del matrimonio, para los que en la casa sobran habitaciones...

(Fotos GLOBE-SANCHEZ MARTINEZ)

